

EL PLACER DE ESTAR VIVO de Martín de Domingo Oсталé

Que solo quiero leer con el café
y la luz de la mañana.
Sentarme en el jardín con sus flores,
con mis raíces,
y el atardecer.

Y el placer
de estar vivo.

¡Maldita sea!, el placer de estar vivo.

La pausa y la congoja,
la pregunta y la evasión,
las rutinas como dosis
para esquivar lo abrumador
de la mismísima pura existencia.

Lloraría sin cesar en esa pausa.
de agradecimiento, de dicha.
Con la duda del mérito
pero con la certeza del corazón

de que vine por algún motivo.

Para despertar ambiciones enterradas

en el fondo marino de algún alma,
quizás.

Quizás para devolverle la mirada
al gato negro que cruza la noche,
como si fuera suya.

Como si fuera una unidad de medida más
de esa materia oscura.

De ese abismo.

De nuestro abismo.

De lo que no queremos ver,
pero está.

Adivinamos su presencia.

Contenemos nuestro aliento,
mientras distinguimos el suyo.

¡Maldita sea!, el placer de estar vivo.

¡Maldita sea!, la pausa y la congoja.

La pregunta y la evasión.